



ENTORNO MULTIDIMENSIONAL Y CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA EN LAS PRÁCTICAS DE EDUCACIÓN ARTÍSTICA.

Multidimensional Environment and Identity Construction in the Practice of Art Education.

Autor: Dr. Ricard Ramon Camps.
Colegio Hermes (Valencia, España)
Contacto: mail@ricardramon.cc

Enviado: 10/04/2013

Aceptado: 04/06/2013

Resumen

El artículo, expone, a partir de una serie de proyectos diferentes, pero con un nexo común basado en una misma línea de investigación, las filiaciones entre los conceptos de entorno, identidad, acontecimientos y experiencia estética. Se generan conclusiones, en torno a las relaciones que se establecen entre el propio entorno, y la construcción de las identidades, tanto de ámbito personal como grupal.

Se expone el concepto de entorno multidimensional, entendido en un sentido amplio y asumido por la experiencia. Las vinculaciones que este establece respecto a la estética de los acontecimientos, como vehículo legitimador de las prácticas estéticas, y el papel que todo ello tiene en la propia dinámica de las practicas y experiencias educativas y en los procesos de enseñanza, del arte y la cultura visual.

Palabras clave: identidad, entorno, acontecimientos, miradas, dimensiones, estética.

Abstract

The article focuses on the affiliations between the concepts of environment, identity, events and aesthetic experience, as seen through the prism of a series of different projects, which are, nonetheless, based on the same line of research. Conclusions are drawn concerning the relationships established between the environment itself and the construction of identities, both at an individual and a collective level.

The concept of the multidimensional environment is elucidated, as understood in broad terms and adopted on the basis of practical experience. Connections are established by this concept between the aesthetics of the events, as a legitimising vehicle of aesthetic practices, and the role that all this plays in the dynamics of educational practices and experiences, as well as in the teaching processes of art and visual culture.

Keywords: identity, environment, events, perceptions, dimensions, aesthetics.

INTRODUCCIÓN: EL ENTORNO MULTIDIMENSIONAL COMO PUNTO DE PARTIDA.

En primer lugar, hemos de partir de una redefinición del propio concepto de entorno, entendido en un sentido multidimensional y complejo, íntimamente unido al proceso de construcción de la identidad personal. Esto es esencial para entender las argumentaciones expuestas en la presente investigación.

Tradicionalmente, se parte y se entiende el concepto de entorno en un sentido particularmente restrictivo, delimitado a un espacio físico o geográfico, o en un sentido más amplio, a un conjunto de aspectos cuyo eje es establecido por una cultura determinada y las características del ambiente que propician esa cultura.

No cabe duda que el entorno es una entidad de importancia vital, en el desarrollo de la configuración de la propia identidad personal, tanto en los dos niveles señalados, como en el propuesto en este artículo, que es entendido como entorno multidimensional, construido a partir de múltiples dinámicas, características y experiencias.

Autores ya históricos, como Abraham Moles (1975) vinculaban el entorno, y más específicamente el entorno cotidiano, a los objetos insertos en el mismo. Se derivaba hacia el objeto la responsabilidad de construir los entornos, y en función de ellos se generaba la propia identidad. Ahora, especialmente gracias a Dewey (2008), y los trabajos posteriores de la estética pragmatista de Shustermann (2002), y en España a través de las aportaciones de Imanol Agirre (2005), partimos de que es la experiencia, o las múltiples experiencias de relación con los objetos, las que permiten la configuración de un entorno.

El entorno multidimensional que planteamos en el texto, es, si se quiere, un entorno imaginario, identitario, eminentemente estético, construido a través de un entramado de relaciones en compleja interacción, donde el pasado y el presente, lo lejano y lo cercano, lo propio y lo ajeno, son acogidos y asimilados fragmentariamente. Un proceso de constante elección y reelección, que va tejiendo, poco a poco, la construcción de la identidad personal, en formación permanente.

Quizás no fuera descabellado pensar que, en la representación imaginaria que un individuo de principios de este siglo XXI tiene del mundo, el espacio y el tiempo terminan confundándose e intercambian sus propiedades. Sabido es que el tiempo se identifica espontáneamente con la sucesión, y el espacio con la simultaneidad: ahora bien, y repitámoslo, vivimos tiempos en que ya nada desaparece sino que todo se acumula bajo el efecto de un archivado frenético; tiempos en que las modas han dejado de sucederse para coexistir bajo forma de tendencias poco duraderas, en que los estilos ya no representan marcadores temporales sino desplazamientos efímeros que se producen indiferentemente en el tiempo y en el espacio (Bourriaud, 2009, pág. 142).

Tal y como lo describe Bourriaud en la cita anterior, la propia complejidad existencial a la que estamos sometidos los habitantes del siglo XXI, acuciados por niveles de significación y resignificación constantes, donde la estabilidad está sujeta a vértigos y balanceos permanentes, muy especialmente en las personalidades en formación, nos obliga a la percepción de esos entornos multidimensionales y a aprender como gestionar y reconstruir todo eso, en la formación de nuestro propio Yo.

Este proceso se desarrolla a lo largo de toda la vida, pero está más vivo, es más acuciante y problemático en las edades en los que esos procesos de construcción, que en la edad adulta derivan en procesos de reconstrucción y adaptación, son más complejos.

Hablamos de la infancia y la adolescencia, la edad formativa y educativa por excelencia, y obviamente, la más vulnerable a la desubicación o fragmentación excesiva, lo que puede acarrear la ausencia de un proceso identitario propio, con las consecuencias que ello conlleva en el ámbito de la formación del ser humano.

Según lo entiende la profesora María Jesús Agra (2007, pág. 204) existe “la necesidad de definir un territorio expresivo en el que la realidad física sea sustituida por otra más propia, más interior, más afectiva.” Es decir, la construcción de un entorno personal, vinculado especialmente a las características de la individualidad propia. Una identidad construida inevitablemente mediante la asimilación de unos fragmentos de entorno, a veces asumidos voluntariamente y, otras veces, experimentados por las propias circunstancias biográficas e históricas, y a través del rechazo o el simple desconocimiento de otros.

Ese entorno, que en épocas no tan lejanas de nuestra historia, era mucho más estable y limitado, aunque no exento tampoco de complejidad, especialmente en referencia a lo que no se conocía pero se podía imaginar, y por tanto crear, ahora nos parece inabarcable. Nuestro entorno, el espacio, combinación de espacio real e imaginario, en el que fraguamos nuestra identidad, ya no se circunscribe a unos límites claros, aunque inevitablemente necesitamos limitarlo, “estetizarlo,” para poder existir y subsistir en el. En palabras de Freedman (2006, pág. 89): “El pasado y el futuro coexisten en el presente. Las comunicaciones por satélite y los viajes espaciales han cambiado las concepciones del «hogar» en las personas.”

Aquí nos encontramos con el ámbito propio de nuestro campo de estudio, la estética, la experiencia estética, como dinámica delimitadora y constructora por excelencia de ese entorno, multidimensional, al que hemos de poner nuestros propios límites, flexibles, abiertos y cambiantes, obviamente. En definitiva, la estética, que es la configuradora de nuestras experiencias de relación con el entorno, tal y como la describe perfectamente el profesor Román de la Calle (2012, pág. 20) “connota ante todo, apertura y flexibilidad, es decir, que apunta, de inmediato, a un uso más bien versátil para referirnos a los infinitos planos y a la inagotable riqueza de aspectos y angulaciones que concurre, de algún modo, a darle renovado sentido.” Es decir, está abierta, por su propia naturaleza, a esa multiplicidad referencial que sirve como marco a los nuevos entornos de complejidades narrativas propios de: ser, estar y relacionarnos con el mundo, y especialmente de generar nuevos conocimientos, de crear nuevos mundos (Goodman, 1990).

Exponemos a continuación una serie de reflexiones derivadas del desarrollo, la praxis y el análisis de algunos proyectos de construcción, búsqueda y reconstrucción de esos entornos identitarios y liminares (Huerta, 2013), en diferentes dimensiones, que nos sirven como referente ejemplificador, de las propuestas inherentes al concepto de entorno multidimensional y sus consecuencias en las propias prácticas de la educación estética en el aula. Partimos de ellos, bajo su consideración de procesos convertidos en acontecimientos estéticos, con el fin de legitimar con más fuerza sus resultados en la percepción final del alumnado.

LA ESTÉTICA DEL ACONTECIMIENTO COMO CONSTRUCTORA DE EXPERIENCIA IDENTITARIA.

Aquello que podemos entender como, la estética del acontecimiento o de los acontecimientos, posee en algunos casos una filiación muy clara con los procesos de legitimación artística, y, como no, está íntimamente vinculado con la construcción de la propia identidad, tanto en la formación del Yo individual, como de las narrativas identitarias grupales o comunitarias. Procesos, todos ellos, que forman parte de la propia dinámica educativa, independientemente de si esta se produce dentro o fuera del aula, de las enseñanzas regladas, o es fruto del propio proceso educativo vinculado a las experiencias vitales de cada individuo o de un colectivo en su conjunto.

El acontecimiento en sí mismo, se constituye en general, como un proceso institucional, que en muchos casos es directamente promovido por una institución y en otros por prácticas emergentes que poco a poco tienden a normalizarse y institucionalizarse, que por tanto, en esencia ya poseen una cierta potencia legitimadora.

No debemos olvidar, en referencia a nuestro ámbito de estudio e investigación, que a un determinado acontecimiento le sigue siempre una estética propia y que no hay acontecimiento sin una construcción estética y sin un proceso de experiencia estética. Una experiencia anclada en la propia identidad, tal y nos recuerda Vattimo (1990, pág. 162): “La experiencia de lo bello, en resumidas cuentas, más que la experiencia de una estructura que aprobamos (y, entonces, ¿según qué criterios?) es la experiencia de pertenecer a una comunidad.”

Experiencia que puede moverse en niveles muy primarios de profundidad y significación, en algunos casos. Es necesario establecer relaciones de comprensión entre ambos procesos que están indisolublemente unidos, hasta el punto que en ocasiones, resulta complejo establecer líneas delimitadoras, entre el propio acontecimiento y las producciones estéticas que esta genera, llegando a límites en los que la estética, se convierte por sí sola, en el propio acontecimiento.

Acontecimiento y entorno están directamente vinculados entre sí y con la propia existencia identitaria personal. Los acontecimientos, suceden inevitablemente en un entorno, en ocasiones en el más inmediato, próximo y cotidiano en el que se desarrolla la vida del individuo. En otras, suceden en espacios muy alejados, no solo a nivel sincrónico, sino también diacrónico, ya que somos perfectamente capaces de revivir acontecimientos del pasado mediante la reconstrucción y la memoria histórica, que visualizamos y recreamos a través, precisamente de la estética y el arte.

La influencia e identificación del individuo con un determinado acontecimiento, que puede sentir como propio, de una estética que hace suya, no está necesariamente relacionado con la cercanía o lejanía del acontecimiento, siendo que un acontecimiento cercano en el espacio o en el tiempo, puede ser percibido en el proceso de recepción, desde posiciones profundamente lejanas a los propios intereses.

A esto nos referíamos, a la hora de valorar el entorno desde una dimensión más amplia, que incluye múltiples factores de interpretación y recepción personal y que se construye en función del propio proceso de construcción de la identidad personal. Un entorno multidimensional, que se va tejiendo en referencia a la valoración de los acontecimientos recibidos, cercanos o lejanos, en el espacio o en el tiempo, y en función de la propia asunción de unas u otras estéticas.

El acontecimiento, además, se estructura de forma muy clara, como proceso configurador de la propia estética del entorno y de la propia identidad de ese mismo entorno, sea este un entorno real o virtual, local o deslocalizado, presente o pasado, etc.

El acontecimiento, permite reforzar y legitimar en profundidad las prácticas educativas generadas en el aula de educación artística. A través de acontecimientos percibidos como extraordinarios, se refuerza la construcción de significados, la conexión de estos en múltiples vías de desarrollo y, muy especialmente, en la contribución a la propia construcción identitaria. Generar, por tanto, en nuestras prácticas educativas, propuestas vinculadas a acontecimientos, generación de exposiciones en espacios públicos, participación en acontecimientos colectivos y comunitarios, o cualquier otro tipo de acontecimientos que rompan con la rutina de la dinámica del aula, que es percibida dentro del ámbito de la estética de lo cotidiano, y que genere procesos de legitimación artística del propio trabajo del alumnado, contribuye de forma determinante a la creación de estéticas identitarias propias.

ENTORNOS PRIMARIOS. ROSTROS Y CUERPOS. IDENTIDADES PERSONALES E IDENTIDADES GRUPALES.

Uno de los objetivos de la educación artística, es generar pensamiento crítico y reflexión a través del conocimiento de la cultura visual y desde los medios creativos que ofrecen la propia cultura visual y el arte. Lejos de dar respuestas objetivas y claras, se trata de auto cuestionarse a sí mismo, reelaborando las estructuras del pensamiento propio. En este sentido, obras como la del artista Carlos Leppe, nos permite generar prácticas y procesos que funcionan desde este planteamiento identitario, si son aplicadas de forma coherente con este principio.

Si bien es cierto, que una gran parte de la obra de este artista, se puede considerar dentro del ámbito del llamado arte de acción, arte efímero, no es menos cierto, que en la mayoría de los casos, ese arte queda registrado de manera visual o audiovisual a través de la fotografía y el vídeo. Ello lo convierte en una obra en sí misma, que pasa a integrarse en el continuum de la cultura visual contemporánea. Así pasa con algunos de sus trabajos, que deben interpretarse, como verdaderas imágenes artísticas sobre las que trabajar y plantear interrogantes, más que como la mera documentación de una performance, sobre todo, vistas desde una perspectiva pedagógica.

En cualquier caso, y como se trasluce de su propio trabajo, Carlos Leppe, plantea constantemente un cuestionamiento de la propia identidad, partiendo, precisamente de un acontecimiento, bajo unos códigos visuales que se interpretan en el sentido de la identidad de género, pero nos conducen mucho más allá.

Desde el momento en que rompemos con una estructura establecida, que es por ende, limitadora y delimitadora de nuestra propia identidad, como lo es la estructura de género (Aliaga, 2007), podemos comenzar a generar nuevas dinámicas de replanteamiento de nuestra propia identidad, con la finalidad de empezar a romper ciertos tabúes, a desafiar ciertas estructuras que parecen inamovibles y nos permite reconducir el discurso hacia nuestras propias intenciones pedagógicas.

La reflexión planteada en este punto parte de una experiencia didáctica, establecida como proceso de investigación en el aula, con alumnos de educación secundaria. Se trabajó sobre algunas de las cuestiones que el artista chileno plantea,

adaptadas en sus objetivos pedagógicos, como las problemáticas de identidad de todo tipo, en un alumnado con edades en las que el desarrollo y la construcción de la propia identidad personal son un problema muy vigente. También se pretendió introducir la figura de un artista, que por sus características, resulta muy complejo tratar en un aula de adolescentes.

Había que partir de la idea de la construcción identitaria como juego, a través de unas imágenes de revistas de hombres y mujeres, ellos, empezaron a fragmentar y mezclar identidades construyendo sus propios seres híbridos, autónomos y personales y jugando a desafiar estructuras. A partir de esta actividad previa, ya se pudo introducir el conocimiento y la obra de Carlos Leppe, que ellos vincularon a esta experiencia previa y comprendieron mucho mejor el salto de nivel cualitativo, respecto a los significados derivados de su obra.

El siguiente paso en la experiencia, consistió en una práctica de reconstrucción de sus propias identidades, mediante un trabajo en parejas, indistintamente del género de cada alumno, centrándonos únicamente en el rostro, como el aspecto y el distintivo identitario más importante del ser humano en referencia a la propia individualidad.



Imagen 1: Ejemplo de construcción de identidad híbrida situada en un entorno propio, en este caso la legitimación ofrecida por el Museo, y la recreación de una divinidad. Foto: AUTOR. (2010, s/p).

Se les propone que exploren el rostro y la identidad del otro, y con la cámara fotográfica, capturen fragmentos del rostro de su compañero o compañera, y viceversa. Con todo ese material, generarán una nueva identidad híbrida. En este sentido, las identidades creadas se vinculaban invariablemente a un entorno determinado y por ende, a la propia estética vehiculada por este. Entornos, que confluyen con procesos de construcción identitaria personal, sin existir ningún tipo de aleccionamiento previo en ese sentido, demostrando la inevitable conexión de ambos conceptos que se complementan en la búsqueda de la propia identidad. Espacios propios en los que situar, reafirmar y legitimar esa nueva identidad híbrida creada, reforzando el propio discurso visual de significación.

De este modo, conseguimos generar nuevas narrativas visuales que rompían con construcciones heredadas, a la manera en como desarrolla su trabajo Carlos Leppe, salvando las distancias de concepto, abriendo su mente hacia nuevos discursos propios y múltiples a la vez, fragmentarios y únicos, contruidos de manera libre.

Se incidió en el análisis posterior de sus propios trabajos, para que ellos mismos abordaran una reflexión que les permitiera cuestionarse, de que modo muchas de sus actitudes y comportamientos vienen condicionadas por cuestiones que se les atribuyen o presuponen a su propia identidad, más que por aquellas elecciones, propias, múltiples y diversas, que son las que acaban generando identidades verdaderamente personales y desprejuiciadas, que les permitan construir su propia narrativa personal.

ENTORNOS COTIDIANOS: LA MIRADA AL ENTORNO DESDE LA IDENTIDAD PERSONAL.

En otro de los proyectos utilizados para elaborar este artículo de investigación, se partió de nuevo del entorno, en este caso del entorno local inmediato y cotidiano más próximo, el entorno del propio barrio urbano. Un proyecto ya expuesto y publicado en su día (AUTOR, 2012), en referencia a su planteamiento pedagógico y metodológico y desde el que ahora se plantean nuevas reflexiones, todavía inéditas. Conclusiones, perfectamente entrelazadas con el discurso de exploración de los entornos multidimensionales, trabajados en presupuestos propios de la práctica de la educación artística y de la cultura visual.

El proyecto, denominado Observatorio 1.0, forma parte de una investigación y experiencia práctica mucho más amplia y ambiciosa, que se propone precisamente, el desarrollo de miradas a entornos de múltiples dimensiones, para acabar tejiendo en conjunto esta red de entornos multidimensionales, con el objetivo de facilitar la comprensión de esos procesos y contribuir a su construcción.

Estaba destinado a todo el alumnado de un centro con unidades de educación infantil, primaria y secundaria, cuyo objetivo era establecer una relación de conocimiento y autoreflexión personal, sobre el entorno cultural y existencial más inmediato que tienen, el propio barrio en el que viven y desarrollan la mayor parte de su tiempo. En este caso, se trataba del barrio de Patraix, ubicado en la ciudad de Valencia. Un tipo de entorno, que está inevitablemente sumido en la estética de lo cotidiano, por lo que su función legitimadora de discursos identitarios, se diluye en la percepción inmediata. Aunque su influencia real en ella pueda ser muy grande, tiende a no ser percibida como tal, por el poder deslegitimador de lo cotidiano.

Se hacía por tanto necesario establecer un proceso generador de un acontecimiento, algo percibido de forma extraordinaria, que pudiese legitimar esa búsqueda y sus miradas. El museo, la galería, la exposición, y el fuerte poder simbolizador y tremendamente legitimador que este tiene, resultó ser la vía más adecuada para legitimar los discursos visuales y la búsqueda identitaria del alumnado, hacia un entorno propio, pero no sometido de forma habitual a una escrutadora mirada, ni mucho menos a un proceso de reflexión.



Imagen 2: Ejemplo de uno de los espacios y las múltiples miradas, entornos personales, creados por alumnos de edades diferentes en interacción y diálogo. Foto: AUTOR (2010, s/p).

Las miradas hacia ese entorno, cristalizaron en obras plásticas y visuales que fueron expuestas en su totalidad, en una sala de exposiciones de la red del Ayuntamiento de Valencia, lo que reforzó el discurso legitimador y tuvo un importante impacto en la comunidad local, que lo percibió en su conjunto, como un acontecimiento estético importante.

Analizando el resultado de las propuestas visuales del alumnado, más de trescientas en total, que fueron expuestas de forma agrupada, recorriendo treinta espacios de la geografía urbana del barrio, es de destacar la profunda diversidad de miradas hacia un mismo espacio, en función de los intereses y las realidades, propios de la edad y la biografía personal de cada uno de ellos, y las miradas a entornos que excedían, en mucho, los límites de la propia geografía urbana marcada.

Las miradas derivaron hacia múltiples direcciones, empezando por la propia reafirmación estética del entorno, destacando aquellos aspectos considerados más esenciales y definidores para el alumno o alumna, lo que ya supone una referencia a la propia identidad personal. Asociando estados de ánimo, recuerdos o acontecimientos vividos en ese espacio, momentos compartidos con familia o amigos alrededor de ese entorno, sentimientos de rechazo, incluso de dura crítica en algunos casos, a veces también relacionado con alguna experiencia biográfica anterior, tal y como ellos mismos relataron. Pasando por visiones de reconstrucción total o parcial, que derivaban en propuestas utópicas y deseadas, de un entorno imaginado y construido desde el propio interior. Llegando a alejamientos y derivaciones muchos más profundas, desde la vinculación y reflejo de acontecimientos del presente, que los propios alumnos vivencian y asocian a ese entorno, como los recortes o la corrupción, especialmente entre alumnado de secundaria, hasta dimensiones de entornos mucho más alejados en el espacio y en el tiempo. Todo ello, fruto de ese almacén propio de experiencias visuales, que confluían ahora proyectadas hacia un entorno local más cotidiano, y por ello rechazado y substituido por algunos de ellos, por otro entorno que describía mejor su

forma de entender el mundo y relacionarse con este, su propia identidad en proceso, en definitiva.

ENTORNOS DIACRÓNICOS: LA MIRADA AL PASADO. DEL PATRIMONIO AJENO AL PATRIMONIO PROPIO.

Como ya hemos argumentado, la experiencia del entorno no puede ceñirse a la contemporaneidad del presente, por muy complejo y profundo que este sea. Nuestra mirada ha de recorrer inevitablemente un camino mucho más amplio, que la proyecta al futuro y que requiere investigar el pasado.

Es en esta parte donde ahonda en esta ocasión el desarrollo del nuevo proyecto, Observatorio 2.0, en la mirada al pasado, al archivo de memoria personal. Un pasado personal, en gran parte desconocido todavía por el alumnado. Conocer y reconocerse en esos archivos visuales y narrativos del pasado, es un proceso casi imprescindible, a la hora de abordar la construcción de la propia identidad.



Imagen 3: Obra plástica que investiga y reconstruye entornos identitarios diacrónicos. Serie de pintura acrílica y transferencia. Memorias de Chocolate. Obra y Foto: AUTOR (2010, s/p).

Este recorrido hacia la memoria propia, la de los antepasados más inmediatos del círculo familiar, nos lleva en muchas ocasiones a entornos geográficos alejados y diferentes, lugares de origen de padres o abuelos. Un nuevo entorno, definidor de nuestra propia identidad, y que una vez conocido y asimilado, será fruto de nuestra elección darle un lugar determinado, preponderante o no en nuestra propia construcción de la identidad personal, la del alumnado, en este caso.

Ocurre con demasiada frecuencia, en este entorno de hiper información visual y saturación estética que es el siglo XXI, en las sociedades occidentales, y ya casi en todo el mundo, que la referencia al pasado o pasados lejanos, nos resultan más familiares o

identificables, que la propia historia más reciente y personal. Construimos y nos reconocemos en pasados, que poco o nada tiene que ver con nosotros, a través de las miles de referencias, especialmente visuales, que nos llegan a través de los mass media, y quedan archivadas en nuestro almacén de imágenes, de entornos.

Nuestro almacén de imágenes no sólo nos permite comprender referencias a imágenes; también nos permite construir sobre el conocimiento anterior y crear nuevas imágenes y objetos. Por ello es esencial para la experiencia educativa y humana. Los contextos experimentales se desarrollan en la mente de las personas a medida que van viendo imágenes. (Freedman, 2006, pág. 81)

Recuperar ese almacén de imágenes personal, que en no pocas ocasiones permanece guardado en esas viejas cajas recopiladas por los abuelos o tatarabuelos de los alumnos y alumnas, o en los álbumes, ya más modernos y con fotos a color de los padres. Memoria visual personal, constructora y definidora de entornos, y que no hay que olvidar, refleja casi en su totalidad, –especialmente estas a las que nos referimos y no tanto las actuales fotos que se realizan desde el uso cotidiano de las cámaras digitales– acontecimientos, estéticas de un acontecimientos vital importante. Nacimientos, bodas, celebraciones, fiestas, viajes, y otros momentos especiales del recorrido vital de los antepasados más inmediatos. De nuevo el acontecimiento como constructor de experiencias, de memoria, de identidad, que nos permita la búsqueda, la confrontación y el encuentro con la identidad en formación. Una oportunidad que no debe ser desdeñada en las prácticas de la educación artística en el aula.

CONCLUSIONES

Hay que tener en cuenta, y muy especialmente desde una perspectiva propia del ámbito de la educación artística, que tal y como afirma Greenberg (2002, pág. 15): “es necesario examinar más atentamente y con más originalidad que hasta ahora la relación entre la experiencia estética –tal como se enfrenta a ella el individuo concreto, y no el generalizado– y los contextos históricos y sociales en los que esa experiencia tiene lugar,” aunque en este caso, nuestras posiciones y conclusiones se presenten en profunda contradicción a las propuestas generales de este autor.

Es decir, hay que redefinir los procesos de la experiencia estética, ahondando en su complejidad y multidimensionalidad, y muy especialmente en la idea de dinamismo, de movimiento y de cambio.

El hombre no sólo está inserto en un mundo considerablemente más móvil que todo el resto de la naturaleza, sino que tiene una actitud radicalmente distinta hacia la idea misma de la movilidad. Mientras que todos los seres orgánicos aspiran a la estabilización del medio que los rodea, y toda la variabilidad de los mismos es la aspiración a conservarse sin cambios en un mundo móvil en contra de sus intereses, para el hombre la movilidad del medio es una condición normal de la existencia; para él la norma es la vida en condiciones cambiantes, el cambio del modo de vida (Lotman, 1993, pág. 186).

El cambio evidente en los procesos vitales y existenciales del ser humano, se referencia de forma sustancial en las propias dinámicas artísticas, generando estatutos cambiantes y de raíz multidimensional, como argumenta en tal sentido De la Calle (2012,

pág. 21) cuando escribe: “Asistimos, de pleno, a la difusión de actividades artísticas de tal mutabilidad en sus formas, productoras de tan diversos efectos sobre la realidad y sobre los estratos de lo imaginario, que, evidentemente, resultan irreductibles, sin más, a un estricto dispositivo común.”

Es por tanto necesario, orientar nuestras practicas educativas en redefinir la forma en que entendemos, nos relacionamos y construimos nuestros propios entornos, ya que el propio entorno en el que trabajamos habitualmente, y aquel que creamos en nuestras aulas, que es fruto de un proceso institucionalizador, pone límites demasiado estrechos si nos circunscribimos únicamente al arte legitimado.

Nos movemos en espacios y entornos cada vez más complejos, en un mundo en el que las certezas y seguridades de la modernidad, parecen haber desaparecido, y donde la búsqueda incesante de una identidad propia supone un proceso cada vez más dificultoso. Hemos pasado de los patrimonios tangibles y certeros, asumidos precisamente como patrimonio por su carácter de generador de identidades, a un tiempo en el que todo se patrimonializa o es susceptible de ello, precisamente por esa búsqueda incesante de las identidades perdidas. El patrimonio ha abandonado su asentamiento y se ha vuelto nómada, diverso y multidimensional y ha derivado en esos patrimonios migrantes (VV.AA, 2013), que ya son objeto de debate y encuentros en nuestro propio ámbito de investigación y estudio.

Y todos estos procesos, se mueven y responden de manera prioritaria, en el ámbito estético, “Comportamientos, fenómenos, relaciones, intercambios y comunicaciones, cosas, objetos, productos y mercancías, además de cómo hipercategorías (naturaleza, realidad y sujeto), son igualmente definibles “bajo especie estética.” (Francalanci, 2010, pág. 96). Es, por tanto, esencial, la labor de los profesionales de la educación artística en la mediación de estos procesos, que deben ser conducidos, desde la flexibilidad inherente a todo ello, a la consecución exitosa de la configuración de entornos propios, multidimensionales y cambiantes, pero suficientemente estables como para permitir la necesaria construcción de las identidades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agirre, I. (2005). *Teorías y prácticas en educación artística. Ideas para una revisión pragmatista de la experiencia estética*. Barcelona: Octaedro.
- Agra, M.J. (2007). Creando situaciones. El cuaderno del paseante. En Huerta, R. & De La Calle, R. (Eds.), *Espacios estimulantes*. Valencia: Universitat de València.
- Aliaga, J.V. (2007). *Orden fálico. Androcentrismo y violencia de género en las prácticas artísticas del siglo xx*. Madrid: Akal.
- Bourriaud, N. (2009). *Radicante*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- De La Calle, R. (2012). *A proposito de la crítica de arte. Teoría y práctica. Cultura y política*. Valencia: Universitat de València.
- Dewey, J. (2008). *El arte como experiencia*. Barcelona: Paidós.
- Francalanci, E.L. (2010). *Estética de los objetos*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Freedman, K. (2006). *Enseñar la cultura visual. Currículum, estética y la vida social del arte*. Barcelona: Octaedro.
- Goodman, N. (1990). *Maneras de hacer mundos*. Madrid: Visor.
- Greenberg, C. (2002). *Arte y cultura*. Barcelona: Paidós.
- Huerta, R. (2013). La identidad como geografía liminar. Nuevas ideas para la educación en artes visuales. *Aula de Innovación Educativa*, 220, 12-17.

- Lotman, I.M. (1993). *Consideraciones sobre la tipología de las culturas*. Valencia: Universitat de València.
- Moles, A. (1975). *Teoría de los objetos*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Shusterman, R. (2002). *Estética pragmatista. Viviendo la belleza, repensando el arte*. Barcelona: Idea Books.
- Vattimo, G. (1990). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós.
- VV.AA. (2013). *Patrimonios migrantes* (R. Huerta & R. De La Calle Eds.). Valencia: Publicacions de la Universitat de València.